



UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

LIBRERIA



UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

DEFENSA
DEL
MISTIANISMO

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES



UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

I

BT1101
F8
v.1
1837

[Small white label]





1080015127

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

DEFENSA
DEL CRISTIANISMO

CONTRA LA RELIGION

DEL SIGLO XV
POR DON JUAN DE SUAREZ
DE FIGUEROA

TOMO I

Madrid
Imprenta de San Juan

1478

26
239
B.

DEFENSA
DEL CRISTIANISMO,

Ó CONFERENCIAS

SOBRE LA RELIGION

POR

EL EXMO. SR. CONDE DE FRAYSSINOUS,
Obispo de Hermópolis, primer Capellan de S. M. Cristianísima, Par de Francia, Ministro y Secretario de Estado y del Despacho de los Negocios Eclesiásticos y de la Instrucción Pública, uno de los cuarenta de la Academia Francesa, Gran Cruz de la Real Orden de la Legion de Honor, &c. &c.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO POR

D. F. T. A. CHALUMEAU DE VERNEUIL,
de la Orden de S. Juan, y de la Real y distinguida Orden Española de Carlos III; Oficial mayor de la Universidad de Paris, Inspector de los estudios y Catedrático de Historia en los colegios reales de Estanislao y de Versalles, Individuo de las reales Academias Española y de la Historia, de la Sociedad de Geografía, de la Sociedad académica de Nantes, &c. &c.

TOMO I. UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Galvez

MEGICO. 1837.

IMPRENTA DE GALVAN Y CARGO DE MARIANO AREVALO
Calle de Cadena n.º 2.

44781

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

BT1101
F8
V.1
1837



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

1878

Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

DEFENSA
DEL CRISTIANISMO
O. CONFERENCIAS
SOBRE LA RELIGION

EL EXCMO. SR. CONDE DE RIVERO
D. N. T. A. CHALUBAU DE VERTEHU
D. N. T. A. CHALUBAU DE VERTEHU
de la Orden de S. Juan y de la Real Audiencia de
don Francisco de Caceres III. de la Real Audiencia de
realidad de S. Juan de los Rios, de la Real Audiencia de
en la Historia en las cosas de la Real Audiencia de
Venerable Indiferente de las cosas de la Real Audiencia
y de la Historia de la Real Audiencia de S. Juan de los Rios
realidad de S. Juan de los Rios, de la Real Audiencia de

b

Los Yllmos. Pres. Obispos y
Venerables Cabildos de la Poesi-
blica Mexicana, dedica la reim-
presion de la presente obra

Su mas atento servidor

Mariano Galvan
Pevera.

008123

PROLOGO
DEL TRADUCTOR.

.....
.....
La verité venge sa gloire
Et pour assurer sa victoire
Prend les traits du grand Frayssinous :
Par lui Perreur est abattue ,
Et l'impieété confondue
Court se prosterner à genoux.

Et Toi, Mortel Apostolique ,
Chéri de la Divinité ,
Prête encor ta voix prophétique
Aux accens de la vérité !
Contre l'impieété coupable
D'un bouclier impénétrable
Tu n'es pas en vain revêtu :
Achève de venger l'injure
Que fit une race parjure
Au nom sacré de la Vertu !

(M. LAURENTIE: *Ode à la Vérité*.)

En medio de mi continua asistencia á las inmortales Conferencias del célebre y virtuoso Abate Frayssinous, y entre la inmensa muchedumbre que se reunia para oír al orador sagrado á cuya voz elocuente levantaba ya la opi-

nion pública los altares de Cristo abatidos por el ateismo revolucionario; y cuando participaba de la emoción general que la santidad del lugar apenas nos permitía contener en nuestros corazones, mil veces me asaltó la idea y senti nacer en mí el deseo de hacer partícipe de estas Conferencias á la católica España, cuya antigua gloria aprendí á respetar desde la infancia, y cuya bella y rica literatura admiraba no ménos que amaba á sus habitantes y hasta su mismo suelo, mirándola por inclinación como una segunda patria, si el autor se decidía á darlas á luz cediendo á las incesantes instancias de los que ó habiéndolas oído deseaban leerlas y meditarlas continuamente, ó no habiendo tenido esta fortuna, esperaban y anhelaban su publicación como un beneficio; pero siendo individuo de la Universidad de Francia, de la que el autor de las Conferencias habia de llegar á ser ministro, estaba muy léjos de pensar que podria algun dia dedicarme á su traducción en el seno mismo de la España, y fijado en su capital. Habiendo sin embargo venido á este reino, disfruto en él de la benevolencia de aquel grande hombre, y debo á su bondad el poder entregarme con mas desahogo á las investigaciones científicas y á las ocupaciones literarias

que me retienen en este hermoso pais, y por último la satisfacción de publicar mi traducción al español de su DEFENSA DEL CRISTIANISMO á la sombra misma del trono de S. Fernando, y en la patria de Santa Teresa, de Granada, y del piadoso rector de Monterey (1). ¡Y qué desahogo mas dulce podia dar á mi corazón en medio de otros trabajos mas áridos y fatigosos que el de rendir un justo homenaje al ilustre gefe del cuerpo á que tengo el honor de pertenecer; ni en qué podia emplear mas útilmente mis ocios que en ofrecer á la España, traducida en su armoniosa lengua, esta obra que, como ha dicho recientemente uno de nuestros mejores publicistas (2), *es uno de los mas felices acontecimientos de este siglo, porque es el mas adaptado á sus necesidades?* Pero ántes de entrar en los pormenores relativos á esta importante obra de que creo indispensable dar alguna noticia, permítaseme trazar un ligero bosquejo de la vida de su autor.

Dionisio Frayssinous nació de una familia

[1] Alfonso Rodríguez, de la Compañía de Jesus, autor del *Tratado de la perfeccion cristiana*, nacido en Valladolid en 1526, muerto en Sevilla en olor de santidad en 1616.

[2] El Sr. Conde de Beauregard.

distinguida en Curieres, diócesi de Rhodéz, en 9 de mayo de 1765, y sobresalió muy luego por sus progresos extraordinarios en el estudio de las lenguas antiguas, de las ciencias exactas y de la filosofía. Arrastrado despues por una vocacion decidida al estado eclesiástico, se entregó con ardor al estudio de la teología, en cuya ciencia hizo los mas rápidos progresos, como debia esperarse de la penetracion de su entendimiento y de la rectitud de su juicio. Recibió los órdenes sagrados en el mismo año que estalló la revolucion francesa, y pasó los primeros años de su carrera sacerdotal dedicado exclusivamente á las funciones de su ministerio y á la enseñanza eclesiástica. A proporcion que los progresos cada día mas espantosos de aquella revolucion sangrienta preparaban la ruina de los altares de Cristo y la destruccion de la mas antigua monarquía de Europa, propagando aquellas funestas doctrinas que por último la trastornaron del todo y le hicieron un daño mas lastimoso aun que las guerras que causaron, y mas irreparable que los arroyos de sangre que hicieron correr en ella, el Señor Abate Frayssinous observaba el origen del mal, su principio, su aumento y sus progresos; estudiaba las causas de la decadencia del respeto; y

despues, del desprecio de la autoridad real y de las leyes, las de la desmoralizacion de los pueblos, y las de la disminucion de la fe, á la que se siguió casi su total destruccion. Se dedicaba á conocer los deplorables efectos de la impiedad, calculaba todos sus estragos, y formaba ya en su corazon el noble y generoso designio de atajarlos, de reparar algun dia tantos males y preservar de ellos á la generacion siguiente, ahogando aquellos en su origen, y obli-gando á esta con las armas poderosas del raciocinio y de la conviccion á detestar las horribles máximas que precipitaban á la generacion presente en un abismo tan profundo de desgracias y desolacion, y la cubrian por todas partes de crímenes, de sangre y de sepulcros. Penetrado de esta idea, y tan pronto como el horizonte político pareció aclararse algun tanto, empezó el Señor Abate Frayssinous la ejecucion del vasto plan meditado por espacio de diez años, y predicó en Paris en 1803 en la iglesia de los Carmelitas, tan tristemente célebre, la primera de sus Conferencias sobre las pruebas del Cristianismo, continuándolas despues en la iglesia de S. Sulpicio. La fluidez de su elocucion, la fuerza de sus raciocinios, el método, la eleccion y el juicio que resaltan

en su composicion, el tono á que sabe elevarse cuando lo exige la naturaleza de la materia que trata, el arte de acomodar su estilo á sus pensamientos y á todos los aspectos de su asunto, la energía y pureza de su diction, y por último su irresistible elocuencia no tardaron en atraer una multitud numerosa de oyentes al rededor de la cátedra del Evangelio, y en darle una gran reputacion. Entónces se descubrió un nuevo género de elocuencia cristiana, y se vió á un orador sagrado atreverse por primera vez á referir en la cátedra del Espíritu Santo, y sin debilitarlas en nada, todas las objeciones de la filosofia moderna para examinarlas cada una en particular y refutarlas victoriosamente. Su predicacion se dirigia con especialidad á la juventud, á la que queria fortalecer contra las objeciones de la incredulidad disipando las preocupaciones con que se ha procurado con tanto empeño fascinarla de un siglo á esta parte. No tardó un gobierno que se decia amigo de la religion, en adivinar su objeto, y á la tercera Conferencia se mandó al orador comparecer ante la policía de Buonaparte, por la que se le interrogó con la mayor severidad. Se le intimó que no podia continuar predicando á ménos que no consintiese en recomendar á sus oyen-

tes la obediencia á las leyes de la conscripcion, á lo que contestó que esta era una materia enteramente extraña á su asunto, y que creia servir bastante al gobierno establecido formando buenos cristianos. Por último, consiguió con la mayor dificultad que se le permitiese continuar la predicacion de sus Conferencias, en las que obligado á hablar del gobierno imperial, se limitó á dar gracias á Dios porque empezaban á restablecerse los altares; y aun así, aquella tenebrosa policía le mandó interrumpirlas en 1809. En esta época le ofreció el clero de la metrópoli un canonicato de la Iglesia de Nuestra Señora; pero el gefe del gobierno no consintió en que se le diese. Sin embargo, algun tiempo despues fué nombrado inspector de la Universidad de Paris por el conde de Fontanes, Gran Maestro ó Cancelario de la Universidad imperial de Francia. Mantenido en este destino por el rey Luis XVIII á su primer regreso á Francia, en 1814, se apresuró á continuar sus Conferencias; pero á la invasion de Napoleón en 20 de marzo de 1815, se retiró á las montañas del Aveiron, de donde no volvió hasta la segunda entrada de Luis XVIII, quien le nombró al momento, uno de los cinco individuos del Consejo real de instruccion pública.

No pudiendo hacer oír en él su voz con bastante eficacia, y viendo siempre contrariadas sus miras por el bien público, prefirió un noble retiro á contestaciones siempre inútiles, y dió su dimision. Entónces le concedió el rey una pension de seis mil francos en recompensa de su celo y de sus tareas, y volvió á dedicarse á combatir con ardor en la Cátedra de la verdad los dogmas del filosofismo que las prensas francesas esparcian con mas profusion que nunca por la Francia y la Europa toda. Respetado y aplaudido siempre por una multitud de admiradores, disfrutaba ya por solo su carácter de ministro de Jesucristo, por la gloria de un talento superior, y sin mas títulos que los de hombre virtuoso y de predicador de la verdad, los mismos homenages de que es objeto despues que la justicia y la estimacion de su rey le revistieron de la mitra episcopal, y le elevaron á los primeros honores y cargos del estado, poniendo en sus manos el poder; y entónces le dió ya la admiracion de sus conciudadanos el glorioso renombre de *Moderno Bossuet*. Precedido de este título fué escogido en 1817 por la Academia francesa para pronunciar en ella el 25 de agosto el discurso de costumbre en honor de San Luis, el cual considerado como una

obra maestra, puso el colmo á su reputacion, y preparó su acceso á la silla académica, condecorándole ademas S. M. Cristianísima con la orden de la Legion de Honor. Así continuó sus Conferencias en S. Sulpicio hasta el año de 1822, en que cesó en ellas. Excitado todavía por su celo y animado por el gran número de conversiones, frutó de su predicacion, hubiera proseguido aun en el año de 1823, á pesar de la debilidad de su salud, esta serie de instrucciones; pero una nueva carrera le estaba ya abierta, y el grande orador iba ya á convertirse en grande estadista. Su alta reputacion en toda la Europa, el reconocimiento público, la admiracion y aprecio de la Francia entera y de su rey, le elevaron sucesivamente en 1823 á los cargos y dignidades de obispo de Hermópolis, de primer Capellan del rey, de Conde y Par de Francia, de Gran Maestre ó Cancelario de la Universidad real, y de individuo de la Academia francesa. En fin, en el año siguiente queriendo el rey reconcentrar en Francia la administracion del culto católico, perfeccionar la disciplina de sus establecimientos, y asegurar la distribucion de los empleos y dignidades eclesiásticas en hombres virtuosos, erigió en ministerio independiente la ad-

ministracion de los negocios eclesiásticos, reunida á la de la instruccion pública, y confio este nuevo ministerio al hombre hábil y justo que gobernaba su Universidad con tanta prudencia, y cuyo nombre no era ménos glorioso en los fastos de la virtud que en los de la ciencia y de la literatura: y este es el ministerio que desempeña en el dia el Exmo. Sr. Conde de Frayssinous para bien y gloria de la Religion, de la Francia y de su rey.

Tal es el ilustre orador de cuya vida acabo de delinear los principales rasgos en este ligero bosquejo, y cuya mas importante obra presento á la España. Podrá acaso ser en el reino católico de una necesidad ménos imperiosa que en el reino cristianísimo, porque las falsas doctrinas, enemigas atrevidas del orden y de la verdad, hayan circulado ménos en uno que en otro. De cuánta utilidad sin embargo pueden ser estas Conferencias á los pueblos de Fernando VII! Corrompidas y alteradas las antiguas y austeras costumbres de los españoles por la guerra de seis años, introducida la relajacion en su creencia y la licencia en su conducta, circularon los malos libros con profusion en toda clase de personas, y se esparció por todas partes el veneno de las malas doctrinas. Revoluciones posterior-

res y discordias civiles, no solo no permitieron á la España reponerse de las crueles agitaciones de una guerra no ménos desastrosa que llena de gloria para ella, sino que rompiendo el freno de las leyes dieron más impulso á las pasiones, y proporcionaron mas y mas la circulacion de las máximas introducidas ya en ella, fomentaron las divisiones, suscitaron los odios, y desmoralizaron por último á una gran parte de la nacion, introduciéndose la corrupcion no ménos en los pensamientos que en el corazon de los hombres. Por desgracia las malas máximas tienen siempre en el corazon del hombre cierto apoyo secreto que las leyes humanas no pueden destruir, y de que sola la religion puede triunfar. Los gobiernos pueden bien enfrenar á los hombres, sujetarlos, arreglar exteriormente su conducta, y hacerlos contribuir al sosiego público por el miedo ó por el interes; pero solo las doctrinas religiosas arreglan al hombre interior, le hacen buen vasallo, buen padre de familia, buen esposo y buen amigo. Ellas solas destierran del corazon los odios, las venganzas y las pasiones enemigas de la sociedad, y arrojan del entendimiento los errores y la preocupacion: ellas abren el corazon del culpable al sentimiento penoso, pero en cierto modo con-

solador, del remordimiento que le franquea otra vez el camino del aprecio de sus semejantes: ellas predisponen el corazon al olvido de las injurias; y ellas por fin inspiran las virtudes, á lo que no alcanzan las leyes humanas. ¿Y qué obra podrá ser mas útil á esta nacion que la que ilustra los entendimientos con tanta eficacia, é introduce en el corazon de los hombres estos dulces sentimientos? ¿Cuál podrá contribuir mas directamente á las miras paternales de S. M. C. dirigidas á formar de todos los españoles una familia de hermanos, á extinguir el germen de las revoluciones, y desterrar de entre sus vasallos esas máximas fatales que autorizan la desobediencia y el ultraje al príncipe, al mismo tiempo que la indiferencia y el desprecio á la religion y á sus ministros; esas máximas subversivas á las cuales desde que Lutero y Calvino han enseñado al mundo á dudar, debe atribuir únicamente la Europa todas sus desgracias pasadas, y las que acaso le esperan si no se aniquila su funesto influjo? Si, en este momento sobre todo es cuando reclama la España la publicacion de estas célebres Conferencias; porque en el siglo en que vivimos es preciso, sirviéndome de las expresiones del distinguido publicista ya citado, hablar al corazon de los

hombres mas bien que á su imaginacion y á sus sentidos, si se quiere conseguir impresiones duraderas. Un conjunto de pruebas fuertemente enlazadas; el orden natural y progresivo de las verdades morales y dogmáticas presentadas de un modo sólido y brillante, y sacando toda su autoridad de la naturaleza de las cosas y del hombre, y de la evidencia misma de los hechos; la filosofia unida al cristianismo; la moral, las letras, las costumbres, las leyes y los gobiernos recibiendo de él su pureza y su autoridad; destruidas todas las objeciones de los incrédulos con una lógica irresistible; aclaradas y disipadas todas las dudas de los hombres de buena fe por la exposicion franca y la solucion clara y metódica de todas las dificultades: he aquí la naturaleza de esta grande obra que forma un curso completo de instruccion religiosa, y que, siguiendo en la distribucion y composicion de los discursos que contiene el orden cronológico de la historia de la religion, es para nuestro siglo un beneficio tanto mayor quanto mas viva es la luz que esparce sobre todas las verdades que mas le importa conocer, y quanto jamas fué mas urgente oponer un dique insuperable al torrente devastador que, desbordándose por todas partes, amenaza inundar la Europa y el mundo.

En una época de confusion en los principios y de licencia en las acciones, quando la conciencia y la fe parecen casi desquiciadas por un trastorno inconcebible de máximas, de ideas y de hechos, ¿no es una fortuna encontrar en un cuerpo de doctrinas como el que hoy presento al pueblo español, traducido en su idioma, los motivos mas ciertos de consuelo, de esperanza y de firmeza indestructible en la fe, y una regla infalible de conducta en todas las circunstancias de la vida? Las Conferencias del Exmo. Sr. Obispo de Hermópolis al paso que satisfacen el entendimiento y el corazon, derraman un bálsamo reparador y vivificante sobre las llagas numerosas que afligen á la sociedad, y forman la refutacion mas admirable y mas completa de todos los libros perniciosos que tanto daño han hecho y hacen á todas las naciones de Europa.

Réstame ahora solicitar para mi traduccion la indulgencia del público que debe ser su juez. La he emprendido lleno de confianza en mis propias fuerzas y con el único objeto de ser útil á la Religion y á la España, y solo estos poderosos motivos unidos á las insinuaciones del eminente prelado cuyo ilustre nombre se ve al frente de esta obra, han podido sostener mi valor y

animar mis esfuerzos. Aunque anteriormente he redactado y comentado en una obra de alguna extension las reglas de la hermosa lengua española, la mas magestuosa de todas las de Europa, en nada ha podido este trabajo preliminar disminuir el conocimiento de mi debilidad, pues no por eso deja de ser esta, por decirlo así, la primera vez que escribo en español; pero, por otra parte, mi deseo de corresponder con todo el esfuerzo que estuviese á mi alcance á la recompensa brillante, y tan superior á solos los estímulos que acaso hubiera podido merecer, con que la Real Academia Española se dignó premiar mis primeras tareas; y la benevolencia, los consejos y las instrucciones que me han dispensado los diferentes sabios que la componen, juntamente con la esperanza del bien que podría proporcionar, han reanimado mi confianza. Séame pues permitido en esta ocasion dirigir á todos un testimonio público de mi reconocimiento, y citar como acreedores á mi particular gratitud á los señores D. Martin Fernandez de Navarrete, D. Francisco Antonio Gonzalez, D. Tomas Gonzalez Carvajal, D. José Duaso y D. Juan Bautista de Arriaza. Estos ilustres sabios, que tanto contribuyen á la gloria de la España literaria, se han servido con-

cederme su apreciable amistad despues de haberme elevado á la clase de su colega, cuando me hubiera creído suficientemente honrado con que me permitiesen llamarme su discípulo.

A. C. de V.

ADVERTENCIA.

Los discursos que se dan al público en esta obra han sido pronunciados en la iglesia de S. Sulpicio, delante de un auditorio compuesto, por la mayor parte, de jóvenes de las clases mas ilustradas de la sociedad. Comenzaron en 1803, se suspendieron en 1809, volvieron á continuarse en 1814, y se concluyeron en 1822.